

Serafín Fanjul

Buscando a Carmen

SIGLO
XXI
ESPAÑA



Serafín Fanjul

BUSCANDO A CARMEN

Diseño cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© Serafín Fanjul, 2012

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 2012

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1632-3

A la memoria de mi madre,
que en nada se parecía a Carmen.

I. A modo de introducción en un país de listos

*Ya los inorantes andan disputando
las glosas é testos de Santo Agostin;
e los aldeanos fablan buen latyn,
las grandes proezas ya son olvidadas,
[...] A fermosa yegua dan flaco roçin:
non preçian al bueno sy non al malsyn,
falla el leal las puertas çerradas;
las obras del cuerdo son menos preçiadadas
e tienen al loco por grant palazin.*

(A. Álvarez de Villasandino, en *Cancionero de Baena*).

Es un axioma afirmar que el carácter de los pueblos cambia al paso de la evolución técnica, de los avances científicos o del desarrollo económico. Los condicionamientos que impone la interrelación con otras comunidades humanas, o el surgimiento de ideologías o religiones más o menos imbricadas con las circunstancias tecnoecológicas y tecnoeconómicas de un grupo determinado, son factores que modifican con diversos grados de aceleración el espíritu y los comportamientos de las gentes. Algo, aunque no mucho, se ha estudiado; por ejemplo, la trascendencia que tuvieron en el triunfo expansivo del islam las hambrunas endémicas y la superpoblación (relativa, para los medios de producción de alimentos) que se padecían en la península arábiga ya antes de Mahoma y, sin embargo, estos fueron elementos decisivos para su éxito. Las visiones idealistas y neorrománticas de Sánchez-Albornoz y A. Castro –que hemos rechazado con claridad^[1]– al atribuirnos el uno un «eterno carácter español», o el otro «un espíritu semítico» porque nuestra lengua española adoptara algún léxico árabe, se vieron desde hace muchos años –y en la actualidad de forma violentísima– reducidas a meros entes de razón de continuo desmentidos por los hechos, visibles o pasados, si se trata de establecer principios generales o un hilo conductor indiscutible en nuestra historia. Cabe admitir que

podieron tener alguna razón, en especial al argüir sobre ciertos acontecimientos, o repetición de fenómenos que llegaban a considerar constantes. Y de ahí deducir que nos hallábamos ante leyes fuera de discusión. Pero no está todo tan claro, en ningún sentido. Al aceptar la parte de razón que les corresponde –sobre todo a Sánchez-Albornoz– asoman dos preguntas: en qué proporción aciertan y qué entidad y peso real han tenido en la marcha de nuestra comunidad humana la reiteración de actitudes, de actos y, por consiguiente, de resultados; qué sustratos culturales del pasado han subsistido (y hasta cuándo) y cómo han mantenido, desviado o modificado la conducta de los españoles. De plano, no creemos que nuestra forma de ver el mundo y de relacionarnos con él sea equiparable a la de nuestros compatriotas de hace cincuenta años (evidentemente, cuanto mayor sea el lapso más grandes serán las diferencias), pero, una vez soslayadas por obvias las constantes físicas o las necesidades primarias que afectan a todo el género humano, en el terreno cultural es claro el cambio (el consumismo como única guía, la aceptación de cualquier hecho social o político por su mera existencia, la pasividad como regla de oro para la supervivencia), pero también se patentiza que hoy en día vemos comportamientos, oímos anécdotas, o las leemos, que encuentran su paralelo en tiempos lejanos, en ocasiones con similitud de gemelos. ¿Hasta qué punto significa esto que nos hallamos ante rasgos esencialmente hispanos, capaces de conformar una identidad definida por su número e influencia, con carácter exclusivo, en nuestra mentalidad? ¿No se darán –o no se dan– otros muy semejantes en sociedades próximas o lejanas? Saber que en textos egipcios y chinos de hace cuatro mil años ya asomaba la ahora denominada «lucha generacional» (la impaciencia de los jóvenes, las más o menos fundadas admoniciones de viejos o mayores) introduce un cierto factor de perplejidad, a la par que refuerza la idea de la comunidad básica del alma humana (o sea, la poligénesis cultural), pero simultáneamente pone entre paréntesis no pocas de nuestras *singularidades*.

Y, sin embargo, se mueve..., quizá porque las conductas contradictorias responden a la presencia o intervención de personas distintas, o bajo condicionantes diferentes. Quienes en nuestros días se reclaman puristas en materia de lengua (ya pocos, en verdad) y no verterían la menor sospecha sobre vocablos como «centinela» o «mochila», tal vez se sorprendieran al comprobar que sus resquemores casticistas ya estaban enunciados por don Diego Hurtado de Mendoza en el siglo XVI: «talegas las llamaban los pasados y nosotros ahora mochilas»[2] o «lo que ahora llamamos centinela, amigos de vocablos extranjeros, llamaban nuestros españoles en la noche, escucha, en el día atalaya; nombres harto más propios para su oficio»[3]. Y, sin salirnos de nuestra lengua, aun podríamos ir más lejos, v. g. hasta la dolido aceptación por el Rey Sabio, en las *Partidas*, del término «batalla», en vez de «fazenda o lid». El purismo lingüístico es uno de los rasgos más extendidos en numerosas sociedades, ciñámonos por tanto a otros capítulos que podríamos tener por *más españoles*: el *ser de España*, tema recurrente por demás; la Leyenda Negra; el anarquismo estructural del alma hispana, más próximo en realidad a la desconsideración por los derechos ajenos que a teoría política ninguna; los despilfarros y abusos del mal gobierno; el masoquismo gozoso en la autohumillación; la repetición de estereotipos sobre el carácter nacional (extrovertido, fiestero, poco serio, chapucero, simpático, o sus contrarios) o acerca de la *forma de ser* de tal o cual región, con sus aditamentos chuscos o respetables, livianos o trascendentes..., todo entronca con antecedentes de abolengo y se concreta en ejemplos actuales que nos inducen a concluir –quizá demasiado a la ligera– con muletillas que constituyen verdaderos epitafios del raciocinio, tales como «los españoles somos así», «qué país», «no tenemos remedio», «siempre igual», un repertorio ni amplio ni original pero que oficia de eficaz salvavidas para no vernos sumergidos en el mar de nuestras contradicciones, insuficiencias y fallos; un narcótico barato e inofensivo útil para no problematizarse cada uno de los pequeños o grandes fracasos colectivos y hasta individua-

les. Mientras culpamos a otros, o al «carácter español», nos libramos de la siempre incómoda tarea de hacer algo, o al menos de manifestar en nuestro fuero interno disconformidad con lo que acontece.

Bien es cierto que la prosperidad, felizmente alcanzada en los últimos cuarenta años, amortigua mucho los impulsos y las sensaciones, los deseos de actuar, pero los textos del pasado, que en buena medida reflejan los sentimientos de otros españoles, sugieren que tanto no *hemos* cambiado, o que los modelos aceptados como canónicos en la práctica no lo fueron. Caro Baroja^[4] describe bien la arbitrariedad en las interpretaciones:

Tomamos un vocablo como «España», por ejemplo, y lo cargamos de cuantos valores históricos se nos antojan y lo descargamos de otros. Así surgen teorías y teorías, que en manos de políticos y arbitristas pueden ser explosivas o útiles. Los ejemplos son archiconocidos. España es esto, pero no aquello, ni lo de más allá. Si me siento católico ferviente querré demostrar que todo lo que se sale de la órbita católica no es español, o no tiene importancia; si no lo soy, me extasiaré con la herencia de árabes y hebreos. [...] A las apreciaciones históricas arbitrarias de los de dentro se unen, a modo de contrapunto, las de los de fuera, tan apasionadas, pero más monótonas y vulgares. No ha habido clérigo protestante, comerciante o militar de país rival o extraño que no haya realizado su cubileteo histórico al escribir las impresiones obtenidas durante un viajecito de placer, de negocios o por causa de guerra o espionaje a nuestra península.

Aunque coincidamos con él en el diagnóstico general, los hechos son testarudos y encontramos infinidad de pasajes que parecen escritos ayer por la tarde. El prurito de nuestros políticos actuales de echar abajo cuantas medidas y proyectos iniciaron –y aun culminaron– sus antecesores inmediatos aparece descrito a fines del XVIII por don Antonio Ponz^[5]:

El hombre más parece que quiere dejar fama de fundador, aunque sea en una cosa de poca importancia, que perfeccionar las fundaciones de otros, de que pudiera seguirse mayor beneficio del público, y esto, sin duda, es por temor de que su memoria se oscurezca...

Y Jerónimo de Barrionuevo en sus *Avisos* (segunda mitad del XVII, cuando la decadencia política, militar y económica ya era imposible de ocultar) denuncia un día tras otro el ca-

rácter distraído y manirroto de Felipe IV y de su nutrida camarilla de aduladores, noticias que *mutatis mutandis* (y muy poquito) nos topamos a diario en los periódicos, sustituyendo la palabra «rey» por presidente del gobierno o con el nombre de cualquier satrapilla autonómico, o con el de un alcalde marbellí, barcelonés o bilbaíno: profunda preocupación real por conseguir la fabricación (para su uso particular, claro) de hachas que no se apaguen por la acción del viento y el agua («En esto gastan su tiempo, al paso que nuestros enemigos refinan la pólvora de su enojo para volarnos»[6]); escándalo del autor por el coste global (18.000 reales) de la caza de un lobo, o por los 30.000 a que ascendió otra cacería en El Escorial[7]; más indignación por nueva montería en Colmenar en la que solo se cobró una zorra, al coste de 25.000 ducados[8]; execración de cortesanos-sanguijuela («Espéranse cuatro galeras de Génova en que pasen la duquesa de Mantua y el de Osuna a Italia, que con otras dos que hay en Cartagena, irán con más seguridad y ostentación. Poca falta nos harán los dos: una mujer que nos come medio lado, y un tonto forrado de lo mismo. ¡Pobre gobierno donde solo se mira conveniencias particulares y no al bien público! Todo es predicar en desierto»[9]); ocultación al pueblo de lo que sucede para eludir alborotos; desesperanza ante la pasividad de la máxima autoridad, fotocopia anticipada de lo que vivimos («Hánle mandado, según se dice, al padre fray Nicolás Bautista que no predique al Rey tan claro, ni en el púlpito se arroje a decir las verdades, sino que pues tiene audiencia a todas horas, se las diga en secreto, que lo demás es dar ocasión al pueblo de sentimientos y mover sediciones. Lo cierto es que ni de una manera ni de otra no se ve que se remedie nada, porque el letargo no le hace despertar al sueño en que está tantos años ha»[10]).

El desánimo cunde y pervive a lo largo de la centuria que sigue a la de Barrionuevo y José Cadalso o Nicolás de Azara nos describen con dos siglos de antelación el panorama político de nuestros días:

Políticos de esta segunda especie son unos hombres que de noche no sueñan y de día no piensan sino en hacer fortuna por cuantos medios se ofrezcan. Las tres potencias del alma racional y los cinco sentidos del cuerpo humano se reducen a una desmesurada ambición en semejantes hombres. Ni quieren, ni entienden, ni se acuerdan de cosa que no vaya dirigida a este fin[11].

O:

El gobierno no obstante su indolencia comenzaba a temer las resultas, y tomó aquellas medias medidas que son siempre la ruina de los negocios grandes[12].

A la vista de tal panoplia de coincidencias –a continuación veremos más– caben varias posibilidades de interpretación: 1/ Nuestros medios políticos y sociales no han cambiado nada en lo sustancial de sus mañas y prácticas picarescas; 2/ Se trata de constantes generalizables a otros muchos países y sociedades y por tanto no responden a una identidad hispana; 3/ La importancia de aquellas quejas y denuncias era muy puntual y relativa y, pese a ellas, no pasó nada. En realidad sí pasó y se dieron sucesos gravísimos: se perdieron las Indias; el país estuvo indefenso ante la invasión francesa; el desastroso siglo XIX nos regaló tres guerras civiles más infinidad de pronunciamientos; la desamortización fue un mero saqueo de las propiedades eclesiásticas, un quítate tú para ponerme yo (esperemos que algún sabio, o sabia, no infiera de este comentario que un servidor se pronuncia a favor del mantenimiento de abadengos, órdenes militares y todo género de beneficios eclesiásticos); la guerra civil del 36 selló la catástrofe general; y la industrialización en serio no llegó hasta el franquismo, por abreviar la lista; 4/ El conjunto de tales errores, más otros cuya mención se haría redundante, sí componen un corpus de especialidades españolas y su reiteración parece fundamentar la existencia, si no de un carácter nacional inmutable, cuando menos de unas tendencias recurrentes.

Nuestros sentimientos y reacciones de ahora mismo, a la vista de la prensa diaria y de los desaguizados que se nos tratan de endosar como normales y hasta beneficiosos, los vemos anticipados en más de dos siglos en las *Cartas Ma-*

rruecas, lo cual, más que llevarnos al descubrimiento de un eterno carácter español (de dos siglos de vida como mínimo), testimonia la incapacidad de nuestra sociedad para modificar y corregir sus comportamientos, porque lo que Cadalso denuncia no es solo la política, sino a la sociedad misma. Y eso tiene peor arreglo. Los dengues y mohínes que hoy reputamos como posmodernos y de diseño, asoman en escritos de aquellos lejanos escritores:

—¿Tenéis por cierto que para ser buen patriota baste hablar mal de la patria, hacer burla de nuestros abuelos, y escuchar con resignación a nuestros peluqueros, maestros de baile, operistas, cocineros, y sátiras despreciables contra la nación; hacer como que habéis olvidado vuestra lengua paterna, hablar ridículamente mal varios trozos de las extranjeras, y hacer ascos de todo lo que pasa y ha pasado desde los principios por acá? [...] Reirase semejante nación del magistrado que, queriendo resucitar las antiguas leyes y austeridad de costumbres, castigue a los que las quebranten; del filósofo que declame contra la relajación; del general que hable alguna vez de guerras; del poeta que canta los héroes de la patria. Nada de esto se entiende ni se oye; lo que se escucha con respeto y se ejecuta con general esmero, es cuanto puede completar la ruina universal. La invención de un sorbete, de un peinado, de un vestido y de un baile, es tenido por prueba matemática de los progresos del entendimiento humano [...] romper los vínculos de parentesco, matrimonio, lealtad, amistad y amor de la patria, toda la moral y filosofía[13].

La expresividad y contundencia de aquellas denuncias nos ahorran y casi impiden añadir comentarios o condenas adicionales. Y como nuestro objetivo no es entrar en estas páginas en las presentes pugnas partidistas, no pondremos nombres y apellidos a esas acciones y actitudes fáciles de identificar en nuestro tiempo, fáciles de reconocer en esos textos del pasado, a veces reproducidos –no sé si consciente o inconscientemente– por autores contemporáneos. Dice Nicolás de Azara en 1800:

Lloro únicamente los males de mi Patria, la que teniendo tanta proporción para ser feliz está reducida al estado más miserable y a representar el último papel en la Europa, y a ser quasi ignominia el nombre español. Todo por ignorancia, avaricia, intriga, libertinaje de los que están a la cabeza del gobierno que sacrificarían diez Españas al menor interés personal. Ni creo que pueda suceder diferentemente porque los buenos o huyen los empleos, o los apartan de ellos no simpatizando con las máximas corrientes; y los que se buscan para ocuparlos son homogéneos a ellos, o se hacen presto a sus mañas...[14].

Si comparamos el fragmento precedente con el discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Lengua pronunciado por Antonio Muñoz Molina en 1996, encontramos similitudes que no indican, necesariamente, copia o inspiración del segundo en el primero, sino tan solo repetición de situaciones, de frivolidades, de hartazgos: «Ahora que a todos nos quieren encerrar y subdividir en particularismos miserables, y que la palabra español es pronunciada en muchos lugares como un insulto o una acusación»[\[15\]](#). Aunque, con frecuencia, las declaraciones y desiderata de nuestros intelectuales contemporáneos caminen con sordina por un sendero y la realidad de su vida circule a todo trapo por autopistas muy diferentes.

Jesús Torrecilla en una obra excelente que mencionaremos más adelante (*España exótica*)[\[16\]](#) desarrolla el cambio de la imagen de la identidad y en la conciencia nacional entre los siglos XVI y XIX. Con toda lógica, establece que la identidad que nos atribuimos o nos atribuyen no responde a datos objetivos sino a percepciones subjetivas y a menudo parciales, añadimos nosotros. En los dos sentidos de parciales: por fijarse en aspectos seleccionados del conjunto de la realidad y por moverse por interés de parte, generalmente motivaciones económicas, de distinción social o de ejercicio del poder. La idea, tan repetida, de escritores, políticos, divulgadores e incluso de algunos historiadores y antropólogos de endosar un determinado carácter al pasado partiendo de hechos presentes, o de explicar una manifestación social o folclórica actual mediante «pruebas» traídas por los pelos, no suele rebasar el ámbito del idealismo bienintencionado. Cuando lo hay: en otros casos se trata de meros vaivenes en el océano de prejuicios interesados. En alguna ocasión hemos referido cómo se intentaba hallar el origen verdadero de la sardana en las pinturas rupestres del abrigo de Cogull porque en ellas aparecen grupos de personas que, más o menos, ejecutan bailes rituales en círculo, los cuales harían remontarse a la noche de los tiempos el nacimiento de una de las banderolas preferidas del nacionalismo catalán. Torrecilla resalta el cambio de ima-

gen, tanto entre los mismos españoles como del lado de los visitantes extranjeros: «La caracterización del español del XVI y XVII como grave, serio, orgulloso, reflexivo y amante del orden, tiende a ser reemplazada en el XVIII (aunque no llega a ser completamente sustituida) por la reiterada descripción de unos seres apasionados y frenéticos, desorganizados, extrovertidos e imprevisibles»[17].

Los ejemplos de Leonardo Donato (1573), Bartolomé Joly (1604), Antonio de Brunel (1665), Esteban de Silhouette (1729) vienen a coincidir en el carácter frugal, circunspecto, reservado, orgulloso, disciplinado, obediente, taciturno y resistente ante las adversidades[18] que adorna a los españoles. Pero la relación con otros grupos, a favor o en su contra, así como diversas condiciones que se modifican con el tiempo, acaban por hacer evolucionar o subvertir todo ese entramado de características. Así pues, resulta ocioso aclarar que esa no es la imagen actual corriente entre nosotros mismos. Y entre los foráneos no digamos. A nuestro juicio, más interesante es dilucidar en qué periodo se fue produciendo el distanciamiento de aquel carácter «original», resaltando el contraste entre la visión jaranera, poco seria, inconsistente, burlona, más bien haragana y de gentes siempre dispuestas a incumplir promesas, como nada aptas para someterse a un orden y disciplina. Es la imagen reflejada, por ejemplo, en la película *La Kermesse heroïque* (1936) que, aparte de sus valores fílmicos, nos sitúa en Flandes durante el reinado de Felipe III en un momento de paz. La llegada a una pequeña ciudad de los temidos tercios provoca una serie de situaciones cómicas presentadas con maestría, buen tono y –¿por qué no decirlo?– simpatía hacia los españoles, enfrentados al miedo y las consiguientes truhanerías y embelecos de los indígenas para capear el temporal, que temen arrasador. Pero lo que en verdad ahora nos interesa de la cinta es la mezcla de elementos digamos posteriores (baile flamenco, gitanerías, algazara, jugera perenne) con otros muy en la línea apuntada por Torrecilla y que se corresponderían con lo esperable en la época (caballerosidad, santurronería, fraile fiscalizador..., pero también

disciplina y orden en las tropas que, por cierto, se componían de españoles en una proporción minoritaria, como es sabido).

Sin embargo, cabe preguntarse si esa idea de rigor en el esfuerzo, condición adusta y reflexiva, graveza, etc., con que describen los extranjeros a nuestros antepasados, componía un retrato fiel de la realidad visible: de hecho, ¿eran así los españoles? ¿Todos por igual? ¿El carácter dominante se correspondía con la imagen también documentada por Torrecilla? Y antes, en los siglos XIV y XV, cuando ya se puede hablar con propiedad de «españoles», ¿era tan seria y cumplidora nuestra gente? De momento, solo mencionaremos algunos sucesos históricos incontrovertibles: en los mismos tercios, los regimientos compuestos por españoles eran los más indisciplinados y levantiscos, propensos a motines, frente a los alemanes, que solían ser quienes mejor obedecían y callaban cuando ni las pagas llegaban, y con esto no se entienda que caemos en el tópico del militarismo alemán congénito; en las naves armadas para las Indias, se sobornaba con frecuencia a los oficiales reales de la Casa de Contratación sevillana para que hiciesen la vista gorda y diesen por embarcados tripulantes, pertrechos, armas, víveres, etc., en realidad inexistentes; en las plantillas de las lanzas de acostamiento era corriente que figurasen como presentes –y cobrasen– personas que se hallaban a muchas leguas, práctica documentada, v. g., por el *Epistolario* del conde de Tendilla[19], misma corruptela también reproducida en las Indias[20] más tarde y que venía de antaño, de las mesnadas medievales («Del engaño que se hacía al Infante en el sueldo que pagaba; e por eso mandó hacer alarde de la gente que tenía por ser certificado de la verdad...»[21]).

Pero hay más hechos de bulto que obligan a tomar con cierta duda la caracterización de los españoles como gente circunspecta y adusta: el profesor Ladero Quesada[22] señala en qué forma la Baja Edad Media contempla, junto con el desarrollo de las ciudades, la eclosión y proliferación de fiestas adaptadas a la vida urbana, aunque todavía fuera muy grande la interrelación con el mundo agrario, tan pr-

óximo. Y el fenómeno atañe por igual a toda la cristiandad, con lo cual, de nuevo, la peculiaridad identitaria hispana queda subsumida, como tantas veces, en un fenómeno social mucho más amplio del que participaba el conjunto de la población europea. Por otro lado, la gran literatura española, tanto medieval como del Siglo de Oro, nos muestra en sus facetas picaresca o burlesca unas tipologías humanas no solo complejas y diversificadas sino dotadas de prendas que se compadecen mal con las graves y hasta lúgubres descripciones de los extranjeros, desde el *Libro de buen amor* a *La Celestina*, pasando por *La lozana andaluza* y continuando con toda la golfería, desparpajo y desórdenes varios reflejados en la picaresca de los siglos XVI-XVII. Amén de la obra epigramática de autores tenidos por cimeros en nuestra literatura –y lo son– que traslucen o exhiben a las claras una vena lúdica, dicharachera y festiva poco acorde con la imagen del caballero de Santiago vestido de negro, con la cruz al pecho y eterna cara de úlcera de estómago (Alfonso X[23]; Pero López de Ayala[24]; el conde de Paredes[25], más conocido como «el padre de Jorge Manrique»; Sebastián de Horozco[26]; Góngora[27]; Quevedo[28], etc.).

¿No estarían los viajeros foráneos reproduciendo *ad infinitum* el estereotipo del español serio y caviloso porque esa era la imagen que se entendía y se esperaba fuera, del mismo modo que a partir de los siglos XVIII-XIX se espera la contraria? Como sucede con todos los tópicos, la plantilla se basaba, sin duda, en hechos y personas reales, pero también en observaciones tomadas de oídas, o de leídas. Si espigamos ejemplos, en uno u otro sentido pueden pintarse retratos más que contradictorios, con lo cual fuerza sería colocar entre paréntesis la idea de un carácter español, ni siquiera tomado sincrónicamente, si bien se repiten características –esto parece innegable– dignas de tomarse como constantes: la ignorancia, en vez de tenerse por estigma vergonzoso, se convierte en motivo de orgullo[29] y divisa colectiva, desde tiempos lejanos hasta muy recientes incitaciones a aprobar la Constitución europea («porque lo